

Plaza pública

para la edición del 4 de abril de 1996

Leonardo Boff

Miguel Ángel Granados Chapa

Sentado hace doce años en el banquillo de los acusados de la Inquisición, como lo estuvieron siglos atrás Galileo Galilei y Giordano Bruno, consideradas sus tesis heréticas como las de esos descubridores de mundos, condenado al silencio por el Santo Oficio, Leonardo Boff ha seguido siendo teólogo después de abandonar el sacerdocio, la orden del "mínimo y dulce Francisco de Asís". El profesor brasileño, está hoy en México, donde su palabra ha conmovido a la vasta variedad de auditorios que lo han escuchado desde que llegó el sábado anterior. Viaja con su compañera Marcia Miranda, teóloga también, con quien se unió después de su ruptura con la Iglesia católica en 1992.

Nacido en Río Grande, en 1938, Boff se hizo franciscano en Brasil y luego estudió teología en Alemania. Hacia el comienzo de los setenta, profesor y pastor, volvió a su patria. Allí, le tocó "trabajar en el Amazonas y acompañar a los cristianos de las favelas y de las villas miseria. Y allí, en contacto con esa antirealidad, de injusticia, de hambre, de opresión, de muerte de tantos niños, me di cuenta que mi teología no explicaba eso, y que debía hacer una teología arrancando de esa realidad, una teología más profética, de denuncia, más práctica, que ayude a las personas, comprometida

con esas personas. Y empecé entonces con las comunidades de base, con la pastoral social de los sin tierra y los sin techo, y desde esa práctica (porque esa la realidad base que origina la teología de la liberación: la práctica con los pobres, superando su pobreza, en dirección de la justicia y la participación) intenté hacer una reflexión que ayude a ver mejor cómo Dios está metido dentro de esas circunstancias, que es un Dios de la vida, de la justicia, que es un Dios que está del lado del pobre, porque Jesús ha dicho: felices ustedes, pobres, ay de vosotros, ricos. Y comienza allí una actividad no solamente política (porque lo es, porque ayuda a organizar a las personas) sino que tiene que ver con los bienes del reino de Dios, con el proyecto de Jesús de hacer una sociedad más humana, más fraterna, con más justicia y con mejores condiciones de vida".

Miembro durante veinte años del monasterio franciscano de Petrópolis, Boff fue un activo productor y diseminador de reflexiones sobre esa vinculación entre Dios y la pobreza. Junto con otros sacerdotes latinoamericanos (Gustavo Gutiérrez, Jon Sobrino) y laicos (como Enrique Dussel), el trabajo de Boff integró la "teología de la liberación", un modo de entender la sustancia divina contrario a los usos oficiales, y permanentemente puesto en entredicho por la ortodoxia vaticana, que no se ha atrevido sin embargo a declarar fuera de la ley a quienes lo profesan y lo practican.

Boff escribió en esa época libros *Iglesia, carisma y poder*, *El rostro materno de Dios*, *Eclesiogénesis*, *Y la iglesia se hizo pueblo*. Sus denuncias contra el

autoritarismo de la estructura eclesial, y contra la violencia institucional, generadora de violencia de respuesta (razonamiento que ha conducido a la falsa idea de que la teología de la liberación patrocina la rebelión armada), lo hicieron pronto mal visto por la Congregación vaticana para la Doctrina de la Fe (el antiguo Santo Oficio, el terrible tribunal de la Santa Inquisición). El hostigamiento, permanente, el control sobre sus actividades, hizo crisis en 1984 y 1985, cuando se formalizó un proceso judicial en su contra:

"Me impusieron silencio, me han castigado. Y yo acepté, porque decía: mejor caminar con la Iglesia y junto con los pobres, que seguir mi teología. Pero eso no resultó", explica en una conversación tenida ante el micrófono de Radio Universidad. Aunque le fue quitada la mordaza, tan pronto comenzó a hablar de nuevo, continuaron los asedios, ahora a través de los superiores de su orden que, como ha dicho Dussel, si bien no le dieron la espalda fueron más tibios de lo que se requería. En junio de 1991, se le despidió de su cargo de director de la revista *Voces*. Un año después, la situación se hizo insostenible:

En 1992 "me ordenaron no hablar, no dar clases, no viajar, no escribir. Yo dije: hermanos, yo he aceptado una vez eso. Pero hay derechos fundamentales, incondicionales, humanos, que deben valer también en la Iglesia. Yo no acepto eso. Cité un texto de un famoso fraile franciscano del siglo XIII, un obispo, quien dijo: si se me impone algo contra la conciencia, yo me rebelo".

Y así dejó el sacerdocio, a mediados de aquel año, precisamente en la víspera de la aparición de su libro *América Latina: de la conquista a la nueva evangelización*. Su retiro del clero fue anunciado en una carta que provocó gran irritación en los medios conservadores, titulada *Yo acuso, protesto y me rebelo*. Ahora, recordando ese momento me ha dicho: "Cambio para seguir lo mismo, llevo dentro de mí el espíritu franciscano, sintiéndome más un católico franciscano que un católico romano. Yo no salí de la Iglesia, la Iglesia salió de mí. Sigo como teólogo y en la comunidad cristiana, acompaño comunidades, me siento parte de la gran comunidad católica que es mucho más que la comunidad que está bajo Juan Pablo II (¡gracias a Dios!). Sigo intentando vivir la dimensión más positiva, más solar del Evangelio, y evito las disputas internas dentro de la Iglesia, y no intento más cambiar una Iglesia que finalmente no quiere cambiar".

Luego, se unió con Marcia Miranda, una asistente social que desde hace 17 años trabaja en la defensa y promoción de los derechos humanos en Petrópolis, y se convirtió en su secretaria cuando Boff dejó el sacerdocio, y ahora dirige el Movimiento Fe y política. Ella explica que "no es fácil para una mujer en un mundo machista estar al lado de un mito que es un hombre como Leonardo Boff" Y en su comprensible *portuñol* agrega que ha "hecho un trabajo interior en mí para estar autónoma al mismo tiempo que estoy a su lado, para no dejarme apagar por su figura".

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Leonardo Boff

Junto con otros sacerdotes latinoamericanos y laicos, el trabajo de Boff integró la "teología de la liberación", un modo de entender la sustancia divina contrario a los usos oficiales, y permanentemente puesto en entredicho por la ortodoxia vaticana.



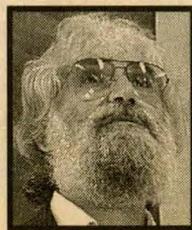
SENTADO HACE DOCE AÑOS EN EL BANQUILLO DE los acusados de la Inquisición, como lo estuvieron siglos atrás Galileo Galilei y Giordano Bruno, consideradas sus tesis heréticas como las de esos descubridores de mundos, condenado al silencio por el Santo Oficio, Leonardo Boff ha seguido siendo teólogo después de abandonar el sacerdocio, la orden del "mínimo y dulce Francisco de Asís". El profesor brasileño, está hoy en México, donde su palabra ha conmovido a la vasta variedad de auditorios que lo han escuchado desde que llegó el sábado anterior. Viaja con su compañera Marcia Miranda, teóloga también, con quien se unió después de su ruptura con la Iglesia católica en 1992.

Nacido en Río Grande, en 1938, Boff se hizo franciscano en Brasil y luego estudió teología en Alemania. Hacia el comienzo de los setenta, profesor y pastor, volvió a su patria. Allí, le tocó "trabajar en el Amazonas y acompañar a los cristianos de las favelas y de las villas miseria. Y allí, en contacto con esa antirrealidad, de injusticia, de hambre, de opresión, de muerte de tantos niños, me di cuenta que mi teología no explicaba eso, y que debía hacer una teología arrancando de esa realidad, una teología más profética, de denuncia, más práctica, que ayude a las personas, comprometida con esas personas. Y empecé entonces con las comunidades de base, con la pastoral social de los sin tierra y los sin techo, y desde esa práctica (porque esa es la realidad base que origina la teología de la liberación: la práctica con los pobres, superando su pobreza, en dirección de la justicia y la participación) intenté hacer una reflexión que ayude a ver mejor cómo Dios está metido dentro de esas circunstancias, que es un Dios de la vida, de la justicia, que es un Dios que está del lado del pobre, porque Jesús ha dicho: felices ustedes, pobres, ay de vosotros, ricos. Y comienza allí una actividad no solamente política (porque lo es, porque ayudó a organizar a las personas) sino que tiene que ver con los bienes del reino de Dios, con el proyecto de Jesús de

hacer una sociedad más humana, más fraterna, con más justicia y con mejores condiciones de vida".

Miembro durante veinte años del monasterio franciscano de Petrópolis, Boff fue un activo productor y diseminador de reflexiones sobre esa vinculación entre Dios y la pobreza. Junto con otros sacerdotes latinoamericanos (Gustavo Gutiérrez, Jon Sobrino) y laicos (como Enrique Duseil), el trabajo de Boff integró la "teología de la liberación", un modo de entender la sustancia divina contrario a los usos oficiales, y permanentemente puesto en entredicho por la ortodoxia vaticana, que no se ha atrevido sin embargo a declarar fuera de la ley a quienes lo profesan y lo practican.

Boff escribió en esa época los libros *Iglesia, carisma y poder*, *El rostro materno de Dios*, *Eclesiogénesis*, *Y la iglesia se hizo pueblo*. Sus denuncias contra el autoritarismo de la estructura eclesial, y contra la violencia institucional, generadora de violencia de respuesta (razonamiento que ha conducido a la falsa idea de que la teología de la liberación patrocina la rebelión armada), lo hicieron pronto mal visto por la Congregación vaticana para la Doctrina de la Fe (el antiguo Santo Oficio, el terrible tribunal de



Condenado al silencio por el Santo Oficio, Leonardo Boff ha seguido

siendo teólogo después de abandonar el sacerdocio, la orden del "mínimo y dulce Francisco de Asís".

la Santa Inquisición). El hostigamiento, permanente, el control sobre sus actividades, hizo crisis en 1984 y 1985, cuando se formalizó un proceso judicial en su contra:

"Me impusieron silencio, me han castigado. Y yo acepté, porque decía: mejor caminar con la Iglesia y junto con los pobres, que seguir mi teología. Pero eso no resultó", explica en una conversación tenida ante el micrófono de Radio Universidad. Aunque le fue quitada la mordaza, tan pronto comenzó a hablar de nuevo, continuaron los asedios, ahora a través de los superiores de su orden que, como ha dicho Duseil, si bien no le dieron la espalda fueron más tibios de lo que se requería. En junio de 1991, se le despidió de su cargo de director de la revista *Voces*. Un año después, la situación se hizo insostenible:

En 1992 "me ordenaron no hablar, no dar clases, no viajar, no escribir. Yo dije: hermanos, yo he aceptado una vez eso. Pero hay derechos fundamentales, incondicionales, humanos, que deben valer también en la Iglesia. Yo no acepto eso. Cité un texto de un famoso fraile franciscano del siglo XIII, un obispo, quien dijo: si se me impone algo contra la conciencia, yo me rebelo".

Y así dejó el sacerdocio, a mediados de aquel año, precisamente en la víspera de la aparición de su libro *América Latina: de la conquista a la nueva evangelización*. Su retiro del clero fue anunciado en una carta que provocó gran irritación en los medios conservadores, titulada *Yo acuso, protesto y me rebelo*. Ahora, recordando ese momento me ha dicho: "Cambio para seguir lo mismo, llevo dentro de mí el espíritu franciscano, sintiéndome más un católico franciscano que un católico romano. Yo no salí de la Iglesia, la Iglesia salió de mí. Sigo como teólogo y en la comunidad cristiana, acompañé comunidades, me siento parte de la gran comunidad católica que es mucho más que la comunidad que está bajo Juan Pablo II (¡gracias a Dios!). Sigo intentando vivir la dimensión más positiva, más solar del Evangelio, y evito las disputas internas dentro de la Iglesia, y no intento más cambiar una Iglesia que finalmente no quiere cambiar".

Luego, se unió con Marcia Miranda, una asistente social que desde hace 17 años trabaja en la defensa y promoción de los derechos humanos en Petrópolis, y se convirtió en su secretaria cuando Boff dejó el sacerdocio, y ahora dirige el Movimiento Fe y Política. Ella explica que "no es fácil para una mujer en un mundo machista estar al lado de un mito que es un hombre como Leonardo Boff". Y en su comprensible portuñol agrega que ha "hecho un trabajo interior en mí para estar autónoma al mismo tiempo que estoy a su lado, para no dejarme apagar por su figura".